

El famoso acueducto romano de «Los Milagros», de Mérida, va a ser objeto de unas obras de consolidación y estabilización de sus pilares, que, bajo la dirección del arquitecto don José Menéndez Pidal, ascenderán a unas 250.000 pesetas.

La Diputación Provincial ha entregado para su exposición y conservación, al Museo Provincial de Cáceres, una colección valiosísima compuesta por cerca de mil fotografías, verdadero archivo artístico-monumental de la Alta Extremadura, que bajo la dirección del Sr. Gudial, ha efectuado con depurado gusto el Instituto Amatller de Arte.

Mérida, la ciudad Jano, la ciudad del pasado glorioso y del porvenir fecundo, cuenta ya, gracias a los esfuerzos del competente aficionado, don Manuel Colomo Fernández, con una emisora de radio, para cuya instalación han cooperado la Delegación local del Frente de Juventudes y el Ayuntamiento.

D. Antonio Rueda, Gobernador Civil de Cáceres, ha sido galardonado por el Gobierno con la preciada recompensa de la Gran Cruz del Mérito Civil, por lo que enviamos a nuestra primera autoridad las más sinceras felicitaciones.

CURIO O'XILLO



A NUESTROS COLABORADORES

Rogamos a todos cuantos nos honran con su colaboración, que envíen sus trabajos firmados.

No basta con que indiquen al pie de ellos y en la última cuartilla, pero a máquina, el nombre y apellidos. Es absolutamente necesario, para estar dentro de la legislación que rige en la materia, que vengan firmados de puño y letra del autor.

La falta de observancia de cuanto antecede nos impondría la tarea de devolver los originales recibidos, para que en cada uno se estampara la firma del colaborador; y habrán de reconocer éstos el tiempo que perderíamos, cuando tan fácil es que se nos complazca en cosa tan razonable y obligada.

AL MARGEN DE LOS LIBROS

QUISIÉRAMOS complacer a todo el mundo; pero hay dos factores: el tiempo y el espacio que nunca han estado sometidos a nuestra voluntad. De seguro que por ser un poco exigentes al juzgar los libros que nos mandan, nos prodigan tales envíos. Los autores no ignoramos que es preferible que nos pongan los puntos sobre las íes, a que nos den en cada renglón una dedada de miel. Creemos que fué Rousseau quien parafraseando a un descontentadizo crítico francés afirmó: que la verdad que censura es más honrosa que la que alaba, pues mientras los elogios contribuyen a corromper a quienes disfrutan de ellos, que suelen ser los que menos los merecen, la censura es siempre beneficiosa, y el hombre de talento sabe así apreciarlo.

Un libro bueno, pese al olvido, al silencio, a la envidia ajena, acaba por imponerse a la atención de los demás. Un libro malo no dejará de serlo a pesar de todas las cortesías que derramemos en su obsequio, de todas las amistades que se pongan a su servicio. ¡Buena fuera que una pluma liviana y aduladora tuviese poder bastante para convertir en oro el estaño! ¡Que un crítico envidioso y acedo pudiera transformar a su gusto el brillante en vidrio! Los que saben leer, leen no lo que dijimos y no debió decirse, sino lo que debió decirse y no dijimos. ¡Pero basta de digresiones, que no tenemos la pretensión de emular en prosa a Ariosto y Byron!

D. Pedro Caba sigue dándonos inequívocos testimonios de su fecundidad literaria. Aún sonaban en nuestros oídos las exclamaciones con que Jesús Delgado señalaba la aparición de un nuevo astro en el firmamento de las letras, cuando apareció otro. Aludimos al **Misterio en el hombre** (1). Pero antes de continuar afirmemos, como ya hicimos en pasadas ocasiones, que Caba tiene un cerebro poderoso; rica imaginación; una veta lírica manándole siempre y copiosa lectura, si bien excesivamente polarizada hacia un determinado punto cardinal de la filosofía (2).

Estas prendas no son corrientes. Poserías es estar ya a mucha distancia del común de los mortales. Pero la crítica, aunque se sienta halagada por la existen-

cia de tales méritos, no debe dejarse deslumbrar del todo, y al encarecer el oro de finos quilates que hay en los libros de nuestro ilustre paisano, debe señalar también los defectos. Y esto es lo que vamos a hacer con la máxima cortesía en las palabras, pero con una resuelta y decidida desnudez en el fondo: *suaviter in modo, fortiter in re*.

No compartimos las ideas del Sr. Caba. El irracionalismo filosófico es una doctrina muy expugnable, como suelen serlo todas las extremosidades ideológicas. Pretender convertir al corazón en órgano o poco menos del conocimiento, es tan singular extravagancia, aun cuando venga avalada en cierto modo por un Nietzsche o un Bergson, como pretender ver con los oídos y oír con los ojos.

El *nihil novum sub sole* es la terrible pesadilla de cuantos piensan y sienten. ¡Elaborar una nueva doctrina; tener ideas propias y originales; sentir de un modo que nadie ha sentido; exteriorizar afectos nuevos, flamantes, caldeados en la forja del corazón! Y cuando no cambiaron, a pesar de todos los estrujones dados a la mente, de poner al rojo nuestra sensibilidad, ni las ideas, ni los sentimientos, expresar unas y otros por tan desusado modo poético, que se rinda a tales hechizos la voluntad más arisca y reacia.

Hemos aludido a Licofrón en la antigüedad; a Lyly y el *eufuismo* inglés; a Marini y el conceptismo italiano; a Ronsard y demás poetas de la *Pléyade*; a Góngora, y a Villamediana, y a Alonso de Ledesma, y a Paravicino...

Alarguemos el brazo y cojamos un libro del estante. ¿Quién es el autor? Hegel. Lo abrimos al azar y leemos: «Con el hombre que no se apoya sobre la naturaleza y la noción de la cosa o, por lo menos, sobre razones, pero atiende al sentimiento, el mejor partido que se debe seguir es el de dejarlo, porque se separa así de la comunidad de la razón y se en-

(1) Madrid, MCML.

(2) Hasta la leyenda que adopta en el libro que venimos comentando: «Sin prisa pero sin pausas», que Goethe debió sacar del *festina lente* atribuida a Octavio Augusto, denota la influencia de Ortega y Gasset, pues la citó en más de una ocasión. El uso de las voces *instilo*, *transunte*—con la significación que Ortega le da—*tesaurizar* (atesorar) ¿quién diría hoy *tesaurero* por tesorero?, etc... son otros testimonios.

cierra en disposiciones particulares y en el aislamiento de su subjetividad» (1). Y más adelante: «El conocimiento perfecto no pertenece más que al pensamiento puro de la razón especulativa... Se imagina con frecuencia que el poeta y el artista, en general, no pueden tener más que intuiciones: en realidad nunca es así; un verdadero poeta debe, antes y durante la ejecución de su obra, reflexionar y pensar; solamente así podrá descartar los elementos externos que envuelven y velan el corazón o el alma de su objeto, y ver por esto mismo cómo se desarrolla de una manera orgánica su intuición» (2).

No queremos fatigar al lector con otras transcripciones. Pero demos por hecho que entre los libros de nuestra biblioteca y de otras muchas, hay centenares de ellos en cuyas páginas se formulan juicios idénticos o parecidos. Pues bien, todo esto está en crisis. Aquella razón que fué diosa, con mayúscula, en los tiempos de la Revolución francesa—ni tanto ni tan calvo—es hoy un inquilino desahuciado, una herrumbrosa máquina arrumbada por inservible en el desván de los trastos viejos.

Dado el espacio de que disponemos, no haremos más que enunciar nuestra disconformidad, respecto del irracionalismo filosófico tan traído y llevado estos días.

Conocida es ya nuestra posición ecléctica, frente a las dos caras de la especulación metafísica. Kleist intentaba llegar al conocimiento de lo verdadero «edificando sobre el terreno del sentimiento, después de haber renunciado a éste» y Emerson afirmaba que «toda visión; todo genio, nace renunciando a la actividad demasiado oficiosa del entendimiento y dando expansión y amplio privilegio al sentimiento espontáneo» (3) ¿No cabría adoptar una actitud «quidistante de ambas maneras ideológicas de ver las cosas? No desdeñemos al corazón, para inclinarnos reverentemente ante la razón; ni desdeñemos a ésta, para someternos demasiado a los dictados o imperativos de la sensibilidad. Quizá el nombre de Goethe sea el que primero acuda a las mentes del lector, tras de leer lo que va escrito.

«Todos quisiéramos que dos y dos fueran cinco alguna vez» observa Caba, encendido como siempre de ardor lírico. ¿Y para qué? ¿Es que no podemos soñar, emocionarnos, exaltarnos, vibrar, sobre la base de que dos y dos son cuatro? Las apetencias de ideal más hondas e irresistibles han de buscar siempre un punto de

apoyo en la realidad, en la consistencia y robustez de las cosas. El dadme un punto de apoyo y moveré el mundo, es una frase que no deben olvidar los grandes creadores de belleza; los poetas, los músicos, los pintores... La razón no tiene por qué renunciar a todo lo que no sea ponderable, mensurable; preciso, exacto, etc... ¡Cuántos sueños no ha tejido estimulada por el entusiasmo, por la calentura, por la vehemencia del corazón!

«Porque el arte y la poesía son absurdos, admiramos a los artistas y a los poetas». ¿Dónde está la absurdidad del arte, del verdadero arte? Toda la historia del arte, de la realización de la belleza, está proclamando lo contrario. El culto que rendimos a sus representaciones, sean lo que sean: un poema, un cuadro, una sinfonía, una escultura, demuestra la racionalidad, la idoneidad de tales representaciones, como instrumento ideal con el que herir honda y fuertemente nuestra sensibilidad estética. No es posible que miles y miles de generaciones rindan culto a un absurdo. Que lleguen los pueblos al ápice de su cultura, de su civilización, y se olviden de muchas cosas: de los políticos, de los generales, de los comerciantes, de los sacerdotes, de los ritos, de las costumbres, de los vestidos, pero tengan bien grabados en la memoria unos cuantos nombres: Valmiki, Fidiás, Homero, Miguel Ángel, Shakespeare, Mozart, Lope, Velázquez... ¿Por qué? Pues sencillamente porque son figuras representativas del feliz consorcio que forman la inteligencia y el corazón. Cuando éste inundaba de savia creadora el espíritu de los pintores italianos, aquélla, llena de buen sentido, les decía: «Id a estudiar con Pablo Ucello, los objetos naturales y con Pollaiuolo los músculos humanos» porque un objeto bien visto y un músculo humano bien estudiado son, precisamente, el dos y dos son cuatro.

«Los sexos del espíritu» dice reiteradamente el Sr. Caba en distintas partes de su libro. Admitase si se quiere, pues es vieja la doctrina (Freud) que los sexos biológicos tengan resonancia, según su vigor o desviación constitutiva, en los actos humanos. Sin el aparato científico o filosófico de un Weininger o un Simmel, sabíamos ya todo esto. En el Teatro Real de Madrid, por ejemplo, llamábamos tenor-macho a Fleta, y tenor

(1) *Filosofía del espíritu*, tomo II, pág. 26.

(2) *Ibidem*, tomo II, págs. 36 y 38.

(3) *Ensayo sobre la naturaleza, seguido de varios discursos*, pág. 124 (Madrid, s. a.)

hembra al que tenía la voz atiplada. Catalina Sforza era un virago. Bastará recordar la famosa frase que dijo durante el asedio que sufrió, y Boabdil, el último rey moro granadino fué un rey-hembra. Pero atribuir al espíritu una sexualidad, (1) de no ser en un sentido meramente tropológico—como decimos «fondo del alma», «en la raíz del alma», etcétera, sin que el alma como inextensa que es tenga nada que ver con una vasija o un árbol—nos parece una extravagancia.

Todo esto nos trae a las mentes aquella saladisima preocupación de D. Juan Valera, cuando suponía que el alma pudiera adoptar en la otra vida y al revestirse de forma material, distinto sexo del que tuvo en este mundo.

«Tampoco es casualidad que en los romanticismos (descenso de lo varonil) las escritoras tomen nombre de varón: Fernán Caballero (2), J. Sand, Jorge Elliot» ¿Pero es que no ha habido escritores varoniles, y bien varoniles que han adoptado como pseudónimo nombre de mujer? Víctor Balaguer, *Julia*; Fernando Patxot, *Sor Adela*; Francisco José Orellana, *Ana Oller*; Juan Valera, *Currita Albornoz*, etc.

Como aún nos falta por decir bastante, tendremos que contentarnos con unas notas breves y escuetas.

¿Quién ha dicho a Caba que en el siglo XVII las autobiografías no *acusaron* su existencia?

Limitándonos al área de la literatura nacional, que adopta forma autobiográfica en más de un libro de la novela picaresca, ahí están entre otras las *Vidas* de Jerónimo de Passamonte, Alonso de Contreras, Diego Duque de Estrada, amén de las obras de Núñez Cabeza de Vaca, Juan Valladares, Suárez de Figueroa—*El Pasajero*—, Alonso de Soletto y Pernia, Bartolomé de Villalba, etc., que contienen numerosos elementos biográficos. Todas ellas del siglo XVII o lindantes con él.

Negamos resueltamente que los poetas del siglo XIX, en general, fueran creyentes. Goethe era pagano; Leopardi no nombró a Dios ni una sola vez en sus *Cantos*; de Heine se ha dicho que era un ruiseñor alemán que había hecho nido en la peluca de Voltaire; Lord Byron, Musset, —a pesar de su *Rolla* y de sus alejandrinos *L'espoir en Dieu*— Espronceda, Baudelaire, fueron más escépticos que creyentes. Carducci, que compuso una oda al diablo, dió a lo largo de sus actividades educativas, pues fué profesor

de la Universidad de Bolonia, elocuente testimonio de su desenfado en materia religiosa.

En el *Cantar de los Cantares* y en el *Cántico espiritual*, de San Juan de la Cruz, se dice el *Amado*, como se dice por los profetas Isaías y David, por San Pablo y por el propio Padre Celestial, porque es uno de los diez nombres con que, principalmente, se ha designado a Cristo, pero sin ese recóndito, esotérico designio que a tal apelativo atribuye el Sr. Caba, pues viene a ver en cosa tan sencilla y transparente como ésta, algo así como, una precursora manifestación «de lo mágico».

Esto de dar a las cosas un alcance que no está en el fondo de ellas, ni en la intención de quienes las hacen o las emplean, nos recuerda a aquellos exégetas del *Quijote*, —si se nos permite hablar así en materia profana— que atribuían al autor unos propósitos que nunca tuvo.

Se nos podrá argüir que en estas obras de inspiración inconsciente o semidivina, los autores van siempre más allá de donde pensaron. De acuerdo. Pero ni el *Quijote* fué una sátira de Carlos V o Felipe II; ni los tres vestidos de Vicente de la Roca representan el misterio de la Trinidad, ni Sancho Panza es Fr. Luis de Aliaga, ni Dulcinea, Ana Zarco de Molarés.

En el libro que nos sugiere estas glosas, se repiten imágenes y tropos de otras obras anteriores del mismo autor, y con los que se pretende herir más viva y profundamente la atención de los lectores. Filmica proyección, lámpara del corazón, coadjutor de lo divino, corrector de una turbina, etc. Quien con tanta facilidad acuña esta clase de moneda literaria, no debe incurrir en tales repeticiones. Y esto que por atañer al lenguaje tropológico es de una relativa importancia, causa extrañeza cuando se trata de conceptos e incluso páginas, que nos han sido ofrecidas en obras anteriores.

Segue en pleno desarrollo la fiebre neológica de Caba. ¡Cuánto pedrusco empedrando su prosa tan rica y brillante a ratos! *Desnebulado*, *comensalinolismo*—verdaderos trabalenguas—*intocabilidad*, *interrogacional*, *aposteriórico*, etcétera. Germania o jergonza con la que nada gana el libro de nuestro ilustre autor.

Se desglosa de un expediente un do-

(1) Que no es novedad, pues Ortega y Gasset, entre otros, ha formulado ya, hace bastantes años, esta atribución. (*El Espectador*, tomo IV).

(2) No fué romántica.

cumento, varias fojas de una pieza de autos; pero no se desglosa de un grupo de niños a uno de éstos; un hombre, de una muchedumbre, ni a la mujer, de su comunidad.

Extrañarse, en buen castellano, es desterrarse, pero no sorprenderse. Ved o véase mi libro estaría bien dicho, *ver*, no. (1).

Siete veces casi seguidas se lee *Xterkagaard*. ¡Con lo fácil que sería evitar estos descuidos si leyésemos las pruebas con un poco más de atención!

OTRAS RESENCIONES

Las últimas disposiciones del último Pizarro de la Conquista, por Miguel Muñoz de San Pedro, correspondiente de la Real Academia de la Historia, (Madrid, 1950).

Primero en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* y después en *separata*, nuestro distinguido colaborador D. Miguel Muñoz de San Pedro ha publicado recientemente un documentado trabajo sobre las últimas disposiciones de Hernando Pizarro, hermano, como es sabido, del Gobernador del Perú y último representante de esta gloriosa estirpe de conquistadores.

Los documentos que da a la estampa el Conde de San Miguel—mayorazgo fundado por Hernando Pizarro y su esposa D.^a Francisca Pizarro, escritura de fundación de iglesia y de agrupación al Mayorazgo, testamento y codicilo de Hernando Pizarro, escritura de ampliación a las disposiciones del Mayorazgo y última escritura de agregación a éste,—van precedidos de un docto estudio, en el que tras de suministrarse al lector los necesarios antecedentes biográficos del hijo del Capitán Gonzalo Pizarro y D.^a Isabel de Vargas, se le ofrece también, sucinta pero cabal referencia del contenido de tan interesantes papeles.

Una vez más nuestro culto colaborador y correspondiente de la Real Academia de la Historia, Sr. Muñoz de San Pedro, demuestra su diligente labor investigadora y su sólida preparación para emprender y rematar con indudable éxito el estudio de Hernando Pizarro.

Con la natural impaciencia esperamos la aparición de su próximo libro, del que

Frente a estas partidas negativas, tenemos la acostumbrada agudeza dialéctica; un fino y elegante modo de decir las cosas; y una imaginación muy viva y despierta para representarse los hechos y buscar puntales o basas en que apoyar el discurso.

PEDRO ROMERO MENDOZA

(1) Notas a las páginas 114 y 115.

es excelente heraldo este trabajo en el que se dan cita la erudición histórica y el depurado arte del narrador.

* * *

Mutualidades y cotos escolares de previsión, por Atolfo Maillo García, (Salamanca 1951).

El culto Inspector Provincial de Enseñanza Primaria de Salamanca, D. Adolfo Maillo García, acaba de publicar una interesante circular sobre Mutualidades y Cotos Escolares de Previsión.

En las páginas de dicho folleto se propugna, muy juiciosa y elocuentemente, la conveniencia de que cuantos tienen a su cargo el honroso y elevado cometido de la enseñanza primaria, establezcan referidas Mutualidades y Cotos, de los que sin duda alguna y por su revelante significación educativa, habrán de desprenderse grandes beneficios para la población escolar y para la sociedad en definitiva.

P. R. M.

* * *

Don Nuño Pérez de Monroy, abad de Santander, por Gervasio Velo y Nieto. —Separata extracto de la revista *Hispania Sacra*, del Instituto P. Enrique Flórez, adscrito al Consejo Superior de Investigaciones científicas. Madrid, 1950. Volumen III. 44 pp.

No con la serenidad del crítico, sino con la avidez propia del aficionado a estos estudios, hemos leído, gracias a la deferencia del amigo, el presente trabajo de Gervasio Velo, escritor sobradamen-

te conocido entre nosotros por sus publicaciones de tipo histórico. Mas, para mí, placentino, la presente obra tenía—sobre los ya enumerados—otro fuerte atractivo, cual es, el versar acerca de un hombre que nació en Plasencia, aun cuando se desconozcan su paternidad y fecha.

No me pidáis, por tanto, la objetividad del crítico, y sí el entusiasmo y la gratitud para el autor y el libro. Porque hace mucho tiempo que echábamos de menos este trabajo de recuento, suma y compendio, a la par que de rebusca y acarreo de cuanto hubiera inédito, es por lo que hemos esperado con tanto desasosiego la aparición de este ensayo y le hemos recibido con tales muestras de entusiasmo. Con su presencia se ha venido a llenar un bache en la crónica de la época. Y por lo que respecta a la historia de Plasencia, representa una obra estimable que habrá que tener siempre en cuenta.

La figura de Don Nuño Pérez de Monroy, de importancia nacional y extremeña, estaba reclamando, hace largos años, un juicio de residencia. Es decir, la sensibilidad curiosa del historiador, que supiera incorporarlo en todo su valor humano. Porque, ciertamente, no se comprende cómo este personaje ha podido ser indiferente. Hombres de pareja talla gozan ya de una obra exahustiva y acabada. Pocos gobernantes o políticos carecen a estas alturas de su libro. No obstante, sobre Don Nuño Pérez de Monroy—contador, canceller y consejero de Doña María de Molina, aparte otros títulos,—pesaba un extraño destino. Su personalidad aparecía troquelada con un borroso cuño.

Indudablemente, el hombre y la obra se difuminaban en un designio obscuro. Poco más de sus cargos sabíamos de una vida que apenas dejó huellas de su paso. Mas nadie, que sepamos, se había aproximado a su recuerdo con ánimo de estudiarlo. Tal vez fuera ello debido—como nos aclarara ahora el autor de este trabajo—a la penuria de datos. Y que ello es así nos lo revela, explicándolo, el considerable esfuerzo que Velo ha realizado.

Meritoria es pues, la labor de un hombre, que se enfrenta a sabiendas con la dificultad sin desmayos ni concesiones. Discurriendo siempre a ras del suelo, o lo que es igual, sin distanciarse del testimonio o documento, Gervasio Velo ha escrito un ensayo en simpatía lleno de merecimientos. Su aparato erudito y su rigor de método atestiguan se trata de un trabajo serio y no de un simple y alegre escaqueo. Los paréntesis y huecos que se notan en este estudio no son imputables al autor, y sí al silencio de crónicas y manuscritos referentes al tema elegido; al menos, nosotros no conocemos ningún dato más de los consignados en su libro. Teniendo en cuenta esta escasez de noticias, el valor del ensayo sube de punto, y no acertamos a comprender,—con el autor,—cómo un hombre de su importancia histórica pudo dejar tras sí tan poca constancia de su vida y de su obra.

He aquí por qué la última publicación de Gervasio Velo, sobre ser estimable, considerable y meritoria, es digna de nuestra admiración y aprecio.

ANTONIO SANCHEZ PAREDES



Lea Ud.

“ALCÁNTARA”

y propáguela entre sus amistades.
De este modo contribuirá a difundir, dentro y fuera de nuestra región, las letras extremeñas.